

Potaje Bochero

Valencia, 2 de noviembre de 2004

A veces nos preguntamos quién inventó el pan, cuando se cocinó la primera seta, dónde estaba el fuego que hirvió la primera sopa. No lo sabemos. Posiblemente los alimentos citados acompañan a la humanidad desde hace miles de años.

Lo que no me atrevo es a datar en miles de años otros productos de nuestra sierra. Creo que no podemos decir quién inventó las hojuelas o cuando se les puso miel por primera vez. Tampoco creo que se sepa el autor de los panecillos, aunque es posible que más bien fuera autora, cómo sería el horno de los primeros crespillos, suspiros o magdalenas o la sartén que frió las torrijas y las fritillas más de una vez. Seguramente que estos últimos no tienen miles de años, tendrán a lo sumo cientos, pero aunque no es lo mismo un siglo que nueve, tienen por su pérdida en la memoria de todos los habitantes vivos de la sierra, la característica o más bien la categoría de alimentos tradicionales.

Las tradiciones son patria, (no confundir con patrias tradicionales), sumergen en sentimientos idénticos a las gentes de una comunidad, que valora por igual un paraje, un acto cívico, uno religioso o una comida, sin saber (las más de las veces) cuándo se produjo aquella primera vez, que hizo que, ahora, hoy, sea sentido así por muchas gentes afines. A lo sumo se sabe

que la cuerva se pudo inventar siglos antes de que alguien mezclara café con aguardiente y azúcar para poner en el poído de las tradiciones al espíritu de café.

No conocer esto no nos impide vivir, no se trata de ningún problema existencial de difícil resolución, pero por aquello de la cultura popular, de indagar en las propias raíces o por simple curiosidad, a veces nos apetece saber el porqué o el origen de estas pequeñas cosas. Por eso, con permiso, intentaré aproximarme a la fecha la invención del potaje bochero.

Cuando la carretera de Hellín era la comarcal 3212, la "ese" del puente era mayúscula y estrecha y la dictadura se extinguía, sería por 1973 o 1974, en verano, un automóvil amarillo se detuvo en la Casilla del Palomar, casa de peón caminero hoy en ruinas, que en aquellos años era merendero o venta. Con agua en el embalse, un baño y después una Skol Lager o San Miguel eran el antidoto contra la neblina veraniega y las chicharras cantarinas. De aquel coche mítico, el Seat 1430, AB 41700 de Camacho, que recorrió todas las carreteras de asfalto y tierra de la sierra de Yeste, se apearon ni más ni menos que Joaquín García (Leitiños), Pedro Camacho y mis amigos José Fernández Aramburo (Pepe Ugena) y Fernando Marín (Raspa).

Después de refrescarse con esa cerveza fría que sale del bidón de hielo,

pidieron para comer cualquier cosa: unos huevos fritos y algo más. Total que, el hermano de Jesús Panchito de Horno Ciego, y su esposa que, llevaban el merendero permitieron que humearan por la cocina a la inefable pandilla, y como Pedro Camacho, experto en cavacotes, aceites, yemas, claras y ristras, estaba dispuesto, se puso manos a la sartén:

Frió ocho u seis huevos (saludos a la expeña), al punto, sin pasarlos, con la yema blanda y las claras en puntillas, los apartó. Troceó en taquitos unos cien gramos de jamón, (no valen lonchas finas o tacos gordos), los pasó también al punto por el mismo aceite de oliva. Tras apartarlos, finalmente frió los cuatro o cinco pimientos secos, dejándolos algo más allá del granate sin entrar en el marrón. Troceó los huevos en una fuente honda, los sazónó, les añadió el jamón y despizó (espizó diríamos aquí) los pimientos para coronar la fuente. Con pan de miga prieta del terreno, un par de skoles o calatravas más o una frasca de vino, debajo de la higuera dejaron pasar el calor de la siesta. Todavía no tenía nombre, cuanto ni más iba a tener tradición.

Uno o dos años después, ahora en invierno, iniciando la Transición, cuando se calentaba el país con debates políticos, dos de nuestros personajes, Pedro y Pepe, se bajan del mismo automóvil, en un alto del reparto de muebles, pero ahora en Bo-

che. Entran en el bar de Antonio Lozano y le solicitan para comer algo, poca cosa, aunque bien pensado, nos vas a poner unos huevos fritos con jamón y pimientos secos, así, así y así. El frío apretaba, en el Calar se veía una raya nivea, por lo que para rematar la comida probaron morcillas de piel crujiente y lomo de orza, que mezclaban su olor con la leña de la estufa que chisporroteaba en el bar. Ahora sí hubo decisión de poner un nombre a esta comida y se le bautizó como Potaje Bochero.

Treinta años después podemos decir que el Potaje Bochero es un alimento tradicional, aunque para algunos treinta años sean pocos para que tengan el áurea de la tradición, pero bueno, bien mirado, tiene el misterio, al igual que otros alimentos, de que no sabemos exactamente donde nació (en el Pantano o en Boche), ni cuando (entre 1973 y 1976), ni quién lo inventó (aunque sea Pedro Camacho el más firme candidato, también estaban presentes otras personas), ni quién lo bautizó (mira que si fue un desconocido que por allí pasaba un día de invierno).

Esta es la pequeña historia de un gran plato, al que para hacerle los honores hay que degustar, a ser posible en compañía de amigos.

Pedro Artuñedo.

C. R. A.

Por José Antonio Fideu Martínez

Antes, cuando las cosas eran algo más sencillas (y que conste que no digo mejores, sólo más sencillas), existía una palabra para cada cosa. Una escuela en una aldea era eso, la escuela... Hoy en día, sin embargo, las cosas han debido de crecer mucho o han debido de complicarse, porque parece como si las palabras se hubiesen quedado pequeñas: Europa es la U.E., América se llama U.S.A y una escuela en una aldea ya no es sólo la escuela. No. Ahora las escuelas de las aldeas se agrupan y forman un C.R.A....

Y ahora, muchos de vosotros os estaréis preguntando, seguro, a cuento de qué viene este rollo de las siglas y esta "profunda" reflexión sobre los cambios lingüístico-sociales que me he inventado en un momento. Pues muy sencillo; trato de describirlos cómo es el lugar en el que trabajo, el C.R.A. Sierra del Segura.

Bueno, a ver. ¿Por dónde empezamos...? Ya está. C.R.A. no significa otra cosa que Colegio Rural Agrupado y estas tres palabras ya os dan una idea de a qué me refiero. Mi colegio es un colegio más o menos normal (es decir, tiene sus alumnos, sus maestros, sus aulas, sus pizarras...), pero tiene también una serie de características que lo convierten en un centro educativo muy especial.

Normalmente un colegio es una ins-

titución que reúne a todos sus alumnos en un único edificio, que, claro está se encuentra localizado en un punto concreto del espacio. Aquí empiezan las diferencias. El C.R.A. tiene su sede central en un pueblo (en nuestro caso, Yeste), pero las aulas están muy separadas unas de otras, porque se encuentran en diferentes aldeas (algunas de ellas, como Góntar, a casi una hora de coche de la sede), lo cual hace que el despacho del director o el almacén, o la mesa de la secretaria estén, a veces, muy, muy lejos (casi en el más allá)...

Así que la propia estructura física del centro ya requiere una organización especial... Y la tenemos: En cada aldea hay un tutor de manera permanente. Este tutor es el responsable último de un grupo de alumnos, y diariamente otros maestros, los "Itinerantes", viajan a estas aldeas, para apoyarlo o dar clases de aquellas materias en las que el tutor no está especializado. Normalmente viajan, el de música, la de religión, la de inglés o el de educación física, mientras que el maestro fijo, suele impartir las áreas instrumentales básicas (lengua y matemáticas), el conocimiento del medio y lo que haga falta. Parece sencillo, ¿no? Pues no lo es. Dar clase en un C.R.A. supone reunir en una misma aula alumnos de diferentes niveles, mezclar a grandes con pequeños, y por tanto requiere de un esfuerzo especial del maestro y de los alumnos. En un colegio normal, al ser todos los niños de la misma aula, de un mismo nivel, se explica una vez y se explica para todos; pero aquí no. Aquí se explica tantas veces y de manera tan específica, como alumnos se tiene de diferentes edades.... Esto, claro está, no es sencillo, pero sin embargo también tiene

sus ventajas: la relación entre los alumnos y los maestros en nuestro colegio, es, creo yo, más cercana, más personal. Al fin y al cabo (y aquí viene una de las cosas buenas), no suele haber más de siete u ocho niños por clase.

Así que me imagino que ahora os estaréis preguntando (y si no lo hacéis, deberíais), que a cuento de qué lo de agrupado, si cada aula está a casi media hora de carretera de la otra... Hombre agrupados, muy agrupados no es que estemos, lo que pasa es que tratamos de coordinarnos (nos reunimos, al menos una vez por semana), para tratar de lograr que estas escuelas funcionen de una misma manera, con unos objetivos comunes, unas actividades también comunes... Es decir, que no sólo se comparte el nombre y los maestros, sino que se trata, de verdad, de coordinarse para trabajar en equipo. Cuando se piensa en un viaje, por ejemplo, se piensa en todo el C.R.A., y no en una aldea específica, los recursos se comparten, cuando se evalúa el funcionamiento, se evalúa en conjunto y cuando se decide se decide también pensando en una unidad.

Os aseguro que cosas tan sencillas como comunicarse con otro maestro, se vuelven mucho más complicadas aquí. Para ir de primero A, a primero B, en un colegio ordinario puedes emplear unos cinco minutos (quizás algo más si eres un poco sociable), pero ir del aula de Boche, a la de los Giles, supone una aventura de cerca de media hora de volante al más puro estilo Carlos Sainz, seas o no sociable... Así que la cosa va funcionando, con dificultades, claro está, pero funcionando y de manera bastante eficiente, gracias al esfuerzo de todos, y el milagro se lleva a cabo cada día. Por que yo creo que es

casi un milagro que nuestros alumnos aprendan tan contentos como lo hacen, que el nivel educativo sea tan bueno y que esto, más que un colegio parezca una gran familia (con nuestras pequeñas riñas y todo), en la que todos cabemos, en la que todos nos respetamos, y en la que todos trabajamos juntos.

Muchas veces se nos dice que nuestro colegio no es rentable, que se gasta mucho dinero para educar a muy pocos niños (y es verdad que tal vez seamos uno de los colegios que más dinero emplea por alumno en la provincia), pero yo no estoy de acuerdo. La rentabilidad en una institución educativa no debe de medirse con billetes, sino por el número de buenas personas que esa institución aporta a la sociedad, y en eso creo que somos muy rentables. Una vez le oí decir a alguien que si la educación es cara, resulta mucho más cara la ignorancia... Pensadlo.

Así que si os preguntan por El C.R.A. Sierra del Segura de Yeste, ya tenéis algo que decir. Y además podéis añadir que el año pasado fuimos galardonados el Día de la Educación como el mejor colegio de la provincia de Albacete... y aunque resulte algo pedante el dejarlo caer a la menor oportunidad, no estaréis diciendo ninguna mentira. Por algo será...

Antes, cuando las cosas eran más sencillas una escuela era sólo eso, una escuela, ahora puede que la cosa se haya complicado un poco, pero pensad que tal vez es porque ahora, una escuela, somos todos... Hemos crecido.